

7

PELICULAS<sup>41</sup>  
*Novela Semanal*



*Placeres  
Robados*

25  
CTS

por  
*Helene Chadwick - Dorothy Revier*



# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 41 :: 25 CTS.

STOLEN PLEASURES

1927

Adaptación literaria de la película  
de costumbres modernas

## Placeres robados

Estupendamente interpretada por las famosas estrellas HELEN CHADWICK, DOROTHY REVIER,  
y los actores HARLAN TUCKER  
Y GAYNE WHITMAN

Programa Empire Verdaguer

Consejo de Ciento, 296 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



I

Para los que viven demasiado intensamente la vida de la ciudad y tienen un día la sensación de que sus nervios van a estallar, el Hotel de Delmonte, envuelto en fragancias campesinas, era el sitio indicado para una cura de reposo.

En este caso se encontraba el negociante Jorge Morgan, y he aquí porque un buen día, creyéndose en esta situación, por varias causas, encaminó sus pasos hacia aquel lugar de quietud y silencio. Pero Jorge Morgan era humano; es decir, no era perfecto. Por eso cometía la enorme tontería de estar celoso de su mujer.

Y, sin embargo, la vida de Doris, su esposa, eran transparente como un cristal. Si se hubiese asomado a ella, habría visto que sólo la llenaba un hombre, y que este hombre era él.

En la terraza del hotel, desde la cual se abarcaba un paisaje de maravilla, Jorge, muellemente recostado en una poltrona, hojeaba con displicencia el último éxito de librería. A su lado, y en apariencia muy afanosa, leyendo otro libro, hallábase su cara mitad.



—Me aburre este libro soberanamente, Doris—exclamó Jorge lanzando un interminable bostezo—. ¿Te parece bien que vayamos a dar una vuelta por el parque?

—Vete tú solo, Jorge... Mi libro, en cambio, es interesantísimo. Prefiero seguir leyendo.

Jorge miró receloso a su esposa, dejó el libro sobre la poltrona e hizo como que se ausentaba, con aire resignado; pero aun no había andado cuarenta metros cuando se paró tras un seto y comenzó a mirar a Doris.

Herberto Bradley, un buen amigo de los Morgan, saboreaba también en aquel remanso sus vacaciones absolutas; vacaciones de negocios; vacaciones de matrimonio.

Apenas desapareció su esposo, Doris llamó a Herberto y sostuvo con él un diálogo tan rápido como animado. La alegría parecía rebotarle por todos los poros.

—Vaya usted en seguida a buscar su coche... Que Jorge no sospeche nada.

Y mientras Herberto venía con su auto y Doris se ponía una «nube de viaje», apareció su esposo ante ella.

—¿Es para marcharte de paseo con ese por lo que deseabas quedarte sola?—inquirió de mal talante.

—No seas tonto, Jorge... Solamente le pedía a Herberto que me llevase a dar un paseo en su coche—repuso Doris un tanto turbada.

—Si tienes ganas de dar un paseo, yo mismo te llevaré... ¿No nos hace falta ningún extraño!

—Herberto no es ningún extraño. Es un amigo de mi infancia a quien aprecio yo y tú

consideras. Además, si me quieres de veras, lo primero que has de hacer es tener confianza en mí... No puede haber cariño sólido sin esa base.

—No me vengas con sofismas, que no estoy para escuchar tus razonamientos. Ya sé que si te dejo hablar tendré que darte las gracias encima; pero te advierto, que si tú sales de paseo con Bradley, yo me vuelvo a mi casa en el primer tren y nunca más te volveré a dejar entrar en ella.

—¡Me he comprometido a salir en su compañía y ya no puedo decirle que no sin cometer una inconveniencia. Y ten presente—añadió—que esos celos son tan absurdos como ridículos! Nada más que por eso, me voy de paseo con Bradley... En cuanto a ti—concluyó furiosa—, ¡vete a casa si tal es tu gusto!

Momentos después, Doris, corría veloz en el auto de su amigo, y Jorge, daba grandes zancadas por la habitación del hotel. ¡Lo que le sucedía a él era intolerable! ¡Le iba a dar una lección a su esposa de la que le quedaría eterno recuerdo! Así se le acabarían de una vez las ganas de dejar al marido como un trasto inútil para salir en compañía de cualquier chisgarabis. Y si el caso se repetía otra vez, con divorciarse estaba al cabo de la calle...

Todas estas reflexiones se hacía el incomodado marido mientras tomaba la enérgica resolución de liar sus maletas y marchar a la ciudad, conforme le había dicho a su cara mitad. Pero dejemos al celoso marido y escuchemos la conversación que Doris y Bradley sostenían en el auto.

—Y que, amiga mía, ¿ya ha decidido usted



lo que debe comprarle a Jorge para obsequiarle en el día de su cumpleaños?

—¡Calle usted, que por poco no me ha estropeado la sorpresa!... Yo no podía decirle que salía con usted a comprarle el regalo de mañana... y hemos reñido. ¡Se figura el muy tonto que le estoy engañando!... ¡Qué necios son los hombres!

—Créame, Doris, después de lo que usted acaba de contarme, me pregunto si yo no soy tan necio como Jorge. También yo me he peleado con mi mujer por una cuestión de celos... ¡por una tontería!, y por eso estoy aquí veraneando.

—Cuénteme, Herberto, cuénteme.

—Pues muy sencillo. Yo estoy persuadido de que mi esposa Laura es buena, pero a veces me hace dudar. Su único defecto consiste en que, cada vez que oye el ritmo de un «jazz», le entra un irresistible hormigueo en las piernas y se pasaría la vida bailando. Claro que esto no es precisamente culpa suya; es un defecto del ambiente en que ha vivido, pero todas estas cosas, que se comprenden en una joven soltera, dan mucho que pensar en una mujer casada. Y al marido, desde luego, no solamente le dan que pensar, sino que le dan que pensar mal.

—Bien, pero con todas esas deducciones, que yo ya las sé de memoria, no me explica usted el motivo del disgusto, que es lo único que me interesa.

—Es verdad. Sucedió que el otro día, salió con unas amigas, y al volver yo a mi casa, me encontré completamente solo. No hay nada

que tanto me desespere como regresar del trabajo y no hallar a mi mujer.

—Es natural. Eso solamente les sucede a los esposos enamorados.

—Le estoy de mi esposa, Doris; no le quepa duda. Total, indignado, le pregunté que de dónde venía y me contestó: «De un baile», con toda su frescura.

—Señal evidente de que no tenía nada vergonzoso que ocultar. De no haber sido así, le habría buscado cualquier pretexto.

—Eso mismo he pensado yo después. Entonces me puse furioso. «Si no renuncias a esos tes danzantes y a esas danzas sin te, yo me voy de casa ¡para siempre!» —le dije.

—¿Y ella que le contestó?

—Tuvimos una pelea tremenda. Al final acabó diciéndome: «¡Yo haré lo que me plazca y tú puedes irte donde quieras!» Esto es todo, amiga mía, pero, francamente... le aseguro, que sin ella, estoy que no vivo, ni como, ni duermo. Mañana me meto el amor propio en el bolsillo y vuelvo a su lado.

En el curso de la charla que precede, Herberto y Doris llegaron a una pequeña ciudad cercana a Delmonte y descendieron ante una joyería, a donde la joven esposa penetró a comprar la sorpresa que reservaba a Jorge.

Lejos de allí, en Nueva York, en la casa de Bradley, el nido confortable que Herberto echaba de menos, una linda mujercita sentía pesar sobre aquella mansión, como una losa de plomo, desde la ausencia del marido y también había decidido dar de lado al amor propio.

Nos lo prueba la carta que vemos encima



de la mesa escritorio de su esposo, que ella se afanaba en concluir y que decía así:

«Queridísimo Herberto: No he bailado ni una sola vez desde que te fuiste y te prometo que no bailaré más si vuelves en seguida a nuestra casita...»

Al mismo tiempo que vemos a Laura escribiendo la referida carta, en un casino situado no lejos de su casa, vemos a Gregorio Summers, amigo del matrimonio Bradley, leyendo un periódico. Gregorio Summers era un lobo de sociedad, un Don Juan ventajista, siempre al acecho de las presas que el despecho o la debilidad ponía en su camino.

El suelto que devoraba con avidez, no podía ser para él más substancioso:

«Entre los veraneantes últimamente llegados al Hotel Delmonte — decía — se cuenta nuestro buen amigo el señor Herberto Bradley. Anoche, en los salones del Hotel, nuestro querido amigo y la señorita Gloria Stuart, ganaron la copa Charlestown, ofrecida por el mentado establecimiento, disputada por cuarenta concursantes.»

Extrañado Summers de que Bradley no estuviera con su esposa, ya que el día anterior la había visto en la calle, supuso que algo había debido ocurrir entre los esposos para que marchara el uno sin la otra, y se formó en el acto su composición de lugar. El papelito de marras, iba a ser para él auxiliar precioso.

Así, reflexionando, mientras como emprendería el ataque, se encaminó hacia el domicilio de Laura.

—¿Qué le parecería a usted, Laurita, si hi-

ciéramos una alegre comida en compañía, seguida de un poquitin de baile?

—Me parecería muy mal sin consentimiento de mi esposo y sin ir acompañada por él. Y no me parece nada correcto que usted me haga semejante proposición.



—Allá usted, Laura. Usted pertenece a la categoría de las mártires por vocación y yo le aseguro que, en el cielo de los resignados, tendrá un sitio de honor — añadió el clínico retorciéndose su anémico bigotillo.

—No le entiendo bien, Summers... ¿Qué quiere decir con esas frases enigmáticas?

—Nada..., que mientras Herberto se está di-



virtiendo de lo lindo, usted está haciendo el papel de monja de clausura y eso no es lógico... ¿Acaso no tiene usted el mismo derecho que él a disfrutar? Lea este periódico y se convencerá de lo mal que lo pasa su esposo lejos de su casa.

Laura devoró con avidez el contenido del suelto y no pudo contener una lágrima de indignación.

—Está bien, Gregorio..., iremos a bailar — murmuró con despecho—. Ahora déjeme y vuelva después del almuerzo.

El gavilán se alejó frotándose las manos de satisfacción y la pobre palomita, después de romper la carta en mil pedazos, se dejó caer sobre el diván, prorrumpiendo en amargo llanto.

## II

Cuando Doris regresó al Hotel Delmonte, se encontró con la desagradable noticia de que su esposo había cumplido lo que prometiera. Es decir, que se había ausentado. Una lacónica carta dejada sobre el tocador, le dió la noticia.

«Me vuelvo a casa, como te lo prometí. Jorge.» No decía más la carta, pero por los prolongados rasgos de la letra, se advertía que había sido escrita en un momento de excitación.

Doris, requirió en el acto el concurso de su amigo.

—Yo no puedo permitir que Jorge se marche creyéndome culpable... Lléveme en su coche hasta el Empalme y podré llegar en la ciudad en el mismo tren en que él va... Voy a preparar el equipaje en un instante.

No habían pasado cuatro minutos cuando ya estaba Doris en la puerta del establecimiento, maleta en ristre, dispuesta a emprender la marcha. Fué una carrera loca, desenfrenada. Una verdadera apuesta entre el exprés y el auto del joven. Toda la confianza de los automovilistas estaba puesta en llegar al paso a nivel antes que el convoy. Si conseguían adelantar-



lo tan sólo unos segundos, era cosa hecha que podría Doris subir al tren.

Pero el tren les ganó la ventaja en una prolongada curva formada por la carretera y cuando llegaron al paso a nivel, ya salía el convoy de la cercana estación.

—Si quiere usted puedo seguir con el auto hasta la ciudad. Ahora que debo advertirle, que, cuando lleguemos, ya será bien entrada la noche.

—Me da lo mismo, Herberto; el caso es llegar y tranquilizar a mi marido — exclamó ella envolviendo a su amigo en una mirada de gratitud.

Carretera adelante, ya anochecido, llegaron frente a un casino por cuyas ventanas, salían verdaderos torrentes de luz. En la obscuridad de la noche, aquel edificio, tan bien iluminado, parecía un castillo encantado. Para los dos viajeros que desde por la mañana no habían probado bocado, era un lugar de tentación.

El tal refugio era un centro de recreo de nueva creación, que por hallarse emplazado en la parte más meridional de la ciudad, había sido denominado «Paraíso del Sur», y decía-se del mismo que sus tarifas eran mucho más elevadas que su reputación.

—Si le parece, entraremos..., me da la impresión de que es un lugar ideal para una cena tranquila — exclamó Herberto.

—No me seduce mucho penetrar en lugares desconocidos — replicó Doris con temor.

—Decídase usted; no hay tiempo que perder... Va a caer un chaparrón formidable.

En efecto, el cielo, cubierto de espesos nubarrones, comenzaba a lanzar unos goterones

enormes. Herberto dió marcha con dirección al Hotel, pero al llegar a unos trescientos metros, se paró el motor por falta de esencia.

—Puede usted insultarme por mi falta de previsión, Doris — dijo Herberto mientras se encaminaban corriendo hacia el hotel.

La joven llegó con su vaporoso traje materialmente empapado. Su amigo entregó la maleta a uno de los camareros y pidió una habitación para que la señora pudiese cambiarse de ropa.

—Antes, deben ustedes anotar sus nombres en el «Libro Registro»; es costumbre de la casa.

Firmaron cada uno con sus respectivos nombres, tal como les exigían, y Doris, acompañada por Herberto, fué a la habitación que le señalaron. Desde el primer momento no tuvieron dudas sobre el aspecto equívoco de la casa.

—Siento — murmuró éste — haberla traído a este lugar que desconocía... No obstante, saldremos en seguida.

—Mientras usted se cambia de ropa — concluyó dejándola a la puerta del cuarto — yo voy a ver si encuentro un poco de gasolina..., abajo la esperaré.

Y en tanto que se desarrollaba esta escena en uno de los corredores del primer piso, donde estaban situadas las habitaciones reservadas, frente por frente a la habitación de Doris, tenía lugar otra que es para nosotros interesantísima.

Después de haber permanecido durante un buen rato en la sala de baile, Summers, que había ido a aquel lugar con Laura, conven-



ció a ésta para subir a cenar a uno de los departamentos de arriba. Una vez allí, cerró la puerta con llave y en sus labios se dibujó la sonrisa del triunfador.

—Ya es usted mía, Laura — murmuró con alegría.

Pero no contaba Summers con que Laura había tenido durante su vida de soltera una predilección por los deportes, y sus primeros arranques fueron rechazados con una violencia que no le dejaron ganas de volver a empezar.

Y tan dura fué la réplica, que Laura, pudo tranquilamente apoderarse de la llave que el canalla había dejado en el cajón de la mesita de noche y abrir las puertas sin ser molestada.

En el momento de abrirla vió a su marido en frente y cerró con toda la precipitación que el caso requería.

—Vamos, veo que es usted razonable y que ha cambiado de opinión — añadió el Don Juan con aires de irresistible, al ver el cambio de actitud de su amiga.

—¡Mi marido está aquí! — murmuró ella con espanto.

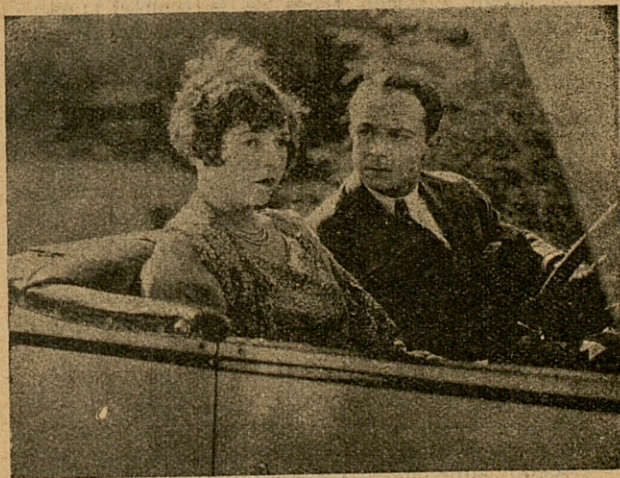
Ante aquella revelación tan inesperada, Summers sintió un estremecimiento especial, que si no era miedo, se le parecía como una gota de agua a otra. Le pareció que Herberto los habría seguido, y ya se veía el cañón del revólver del desairado marido en la sién.

Empezó a correrle por ambos lados de la cara un sudor frío y maldijo la hora en que se le ocurrió tan descabellada aventura.

Fuera, la tempestad bramaba con furor. Una de las numerosas chispas fué a dar en el es-

tablecimiento, todo él de madera y el suntuoso edificio no tardó en arder por los cuatro costados. Doris tuvo que salir en camisa, tal como se hallaba, abandonando todo su equipaje en el cuarto.

Laura, de cara a la puerta, yacía perpleja,



sin saber qué partido tomar, cuando vió que por debajo de la rendija del quicio penetraba un pequeño hilillo de humo. Abrió asustada, y otra vez vió a su esposo ante la puerta de enfrente.

—¡Fuego, Summers, fuego..., y mi marido está allí!... ¡Lo he visto! — clamó con desesperación.



El instinto de conservación pudo más que el miedo, y el malvado abrió la puerta, saliendo a todo correr, convencido de que en aquellos momentos de confusión, no le sería difícil pasar por delante de todos los maridos del mundo sin ser visto.

Laura, veía con pánico que las llamas comenzaban a hacer presa en la puerta y, sin embargo, no se atrevía a salir. Por fin, tomó una resolución y a riesgo de quebrarse una pierna, se lanzó por la ventana.

En los jardines situados ante aquel maldito establecimiento, vio Laura una multitud de curiosos, contemplando como el casino quedaba reducido a pavesas. Buscó entre la multitud a Summers, y ya iba a acercarse a él, cuando oyó cerca de ella la voz de Herberto que decía a Doris:

—¡Mire, ahí está Summers; es conocido mío y quizá nos ayudará!

Laura dió la vuelta y se ocultó tras un mazo de arbustos, para oír lo que pudiera decir su esposo a Summers, que intrigado, no apartaba la vista de la ventana del cuarto donde todavía suponía continuaba Laura, y por la cual salían largas lenguas de fuego. Para sacarlo de su ensimismamiento, fué necesario que Herberto le tocara en el hombro.

—Oiga Summers..., nos sorprendió aquí la tormenta, cuando llevaba a esta señora hacia la ciudad..., entré a comprar gasolina, porque se le acabó a mi coche y ahora no sé como volver... ¿No podría usted dejarnos un hueco en su auto? Haría un señalado favor a la señora...

—Con mucho gusto— repuso el desalmado —. Precisamente he venido solo.

Laura tuvo que llevarse la mano a la boca para ahogar el grito de desesperación que pugnaba por brotar de su garganta. ¿Qué sería de ella si aquel malvado la abandonaba? ¿Qué pensaría Herberto al llegar a su nido y encontrarlo vacío?

Llorando de rabia y dolor, vio como el cinico aposentaba a su esposo en el coche y a su amiga Doris, a quien Herberto había prestado su impermeable, a fin y efecto de que no fuera luciendo en público sus lindas ropas interiores.

Su desesperación duró poco rato. «A grandes males, grandes remedios», se dijo. Y se acercó al primero de los autos que vio se disponían a partir. Tuvo buen cuidado de dirigirse al propietario de uno que le pareció era el más amplio y el mejor de cuantos coches había allí reunidos.

No tuvo más que iniciar la petición para que le dijeran que sí en el acto y tranquila y confiada llegó a su casa. Nunca le pareció ésta tan segura; tan acogedora, como aquella noche. Se le antojó que aquellos muros eran los de una fortaleza inexpugnable contra los peligros del mundo.

Se desnudó con la rapidez del relámpago, después de haber comprobado que aun no había regresado Herberto y se metió entre las sábanas.

Summers paró su auto ante la puerta de Doris, la que, al despedirse, devolvió el impermeable a Herberto, penetrando en su domicilio sin más indumentaria que su camisa celeste y



unos pantalones del mismo color, adornados por unos lacitos de rosa.

No hay para que decir que la embargaba un miedo feroz, un verdadero pánico, y que en el crujir de cada mueble, le parecía iba a surgir la figura de su esposo, que al sorprenderla en semejante estado la arrojaría de su casa para siempre.

Por fortuna, aun cuando Jorge se hallaba despierto, y bien despierto, como tenía su imaginación en Delmonte, en su esposa adorada, a la que sentía en el alma haber tratado con tanta dureza, y pensaba desagraviar al día siguiente, no se dio cuenta del abrir de puertas y de los múltiples crujidos que iniciaron la llegada de su adorada mitad.

Y Doris creyó que lo más prudente sería meterse en su cuarto y darle la sorpresa al día siguiente, por la mañana.

Herberto, al apearse del auto de su amigo, frente a su casa, le estrechó la mano reconocido.

—Es usted un buen amigo, Summers... Yo hubiera hecho igual — le dijo.

Luego, con las botas en la mano, penetró en su domicilio, yendo directamente a la habitación de su esposa.

—¡Ángel mío, con qué tranquilidad duermes! — murmuró dándole un beso en la frente que apenas le rozó, para no despertarla.

Así terminó aquella noche que podía haber concluido para Laura de muy diferente manera, a no haberse complicado las cosas en la forma que se complicaron,

## IV

Al día siguiente, Laura, fué tempranito al comedor, donde ya estaba su esposo.

—¿De modo que al fin te has decidido a volver a casa? — le reprochó.

—¡He sido un imbécil, Laura, lo reconozco..., pero te juro que nunca más volveré a tener celos de ti.

Frente a ellos, Julia, el ama de llaves, una mujer que había visto nacer a Laura, especie de suegra de Herberto, que no veía más que los defectos del joven y las buenas cualidades de la señorita, leía el periódico.

—¿Cuál es el escándalo de hoy? — preguntó Laura intrigada.

—Se quemó anoche el «Paraíso del Sur» y han salido a la calle los trapos sucios de muchas personas que todo el mundo creía honorables — repuso la anciana, mirando rencorosamente a Herberto.

Entablóse un pugilato entre los dos esposos para coger el diario y por fin venció Herberto, que leyó con avidez:

*Grandioso incendio en un local de recreo*

«Anoche una chispa de la tormenta que se desencadenó alrededor de las diez, provocó un



incendio importante en una casa de dudosa reputación, situada en los arrabales de la ciudad y conocida con el nombre de «El Paraíso del Sur». Se ignora todavía el número de víctimas.

Cerca del lugar del siniestro fué encontrado el coche del señor Herberto Bradley, suponiéndose que dicho señor pudo escapar del incendio.»

Herberto, mientras leía el suelto sudaba tinta y Laura, al ver como se iba alterando el semblante de su marido no las tenía todas consigo.

Sonó el teléfono y Laura, de un salto, cogió el auricular.

—Es a ti a quien llaman — exclamó aun más asustada que antes—. Es la policía..., te buscan.

Y tuvo que sentarse junto al teléfono, desfallecida por el miedo.

Herberto dejó el periódico sobre la mesita y Laura pudo leer el suelto que tan sobre ascuas la tenía.

—Su coche ha sido encontrado junto a «El Paraíso del Sur», y ya sabe usted..., en el lugar del siniestro — decía el policía.

—No oigo una palabra — repuso él cada vez más perplejo.

—Que hemos encontrado su auto junto a la casa esa de dudosa reputación que se quemó anoche.

—¡No oigo nada!... ¡Absolutamente nada, señor!..., deben estar interceptadas las líneas.

El policía, con voz de trueno volvió a repetir lo mismo y el pobre marido sudaba que era un contento. No se le ocurría ninguna menti-

ra, ni sabía qué inventar para decirle luego a su esposa. Esta comprendiendo los apuros de su marido, lo libertó de aquella tortura.

—Quizá la policía te quiere hablar de tu coche, que fué encontrado cerca de la casa incendiada.

—¡Ah! ¿De modo que se refería usted a mi automóvil? — exclamó él en el colmo de la confusión, al verse ya descubierto—. ¡Pero, hombre! ¿Por qué no me lo decía usted antes?... ¡Caramba!

—¡Se lo he dicho cuatro veces, caballero! — Sí... sí... pues le diré... Me lo robaron anoche...

—Puede pasar a recogerlo por la Comisaría cuando guste. Lo tenemos aquí.

—¿Cómo no me habías dicho que te habían robado el auto? — preguntó Laura.

—Verás..., es que como no me lo habías preguntado... Yo quería ahorrarte este disgusto... ¿Comprendes?

La verdad es que el pobre Herberto, estaba tan atolondrado, que andaba de desacierto en desacierto, y si Laura no hubiese tenido tanto que reprocharse, a buen seguro que la cosa no habría ido tan dulcemente. Pero, dejémosle justificándose ante su esposa y veamos lo que sucedía en casa de Jorge, donde también la policía había ido a sembrar la alarma.

Apenas levantado, el celoso marido se encontró con que preguntaban por él dos policías.

—Señor Morgan — exclamaron haciendo lo imposible por poner una cara compungida—, sentimos en el alma tener que venir a darle



malas noticias. Vea usted este suelto del periódico — y le enseñaron el que ya conocemos.

—Bien, pero la casa no era mía... ¡No veo la mala noticia por ninguna parte!

—En el registro del hotel figuraba el nombre de su esposa, y como no ha sido encontrada, suponemos que perecería en el incendio.

—No puede ser mi esposa; precisamente está fuera de aquí..., en Delmonte.

—Señor..., nosotros por el registro y las señas...

—Será una coincidencia... Mi esposa no frecuenta tales lugares. Voy a telefonar a Delmonte para que se convenzan ustedes de que está allí.

Tomó el auricular y a las primeras palabras comenzó a ponerse amarillo como la cera.

—La señora Morgan, salió ayer con el señor Bradley — le dijeron — y tenemos entendido que fueron hacia Nueva York.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—¡Segurísimo, caballero! — exclamó el del teléfono.

—¡Señores..., era ella!..., ¡era ella! — exclamó Morgan dejándose caer en uno de los sillones del recibidor.

Despidiéronse los agentes y Jorge se entregó a su desesperación, estrujando el periódico entre sus manos.

—¡La culpa de todo — gemía — es mía y nada más que mía!... ¡Yo soy el responsable por ser un estúpido celoso!...

Doris había concluido su tocado y se dispo-

nia a salir para felicitar a su esposo. Al llegar al salón oyó que éste murmuraba:

—¡Oh, mi Doris..., si tuviese la suerte de verte de nuevo a mi lado nunca más dudaría de ti!



Y Doris le echó los brazos al cuello, cariñosa, diciéndole:

—Muchas eflicidades, Jorge... Feliz cumpleaños.

—¿Cómo has vuelto a casa? — inquirió él desasiéndose rápido.

—Salí anoche en un tren después que el tuyo... Llegué anoche, cuando ya estabas durmiendo y me pareció crue despertarte.



—¡Mentiras y nada más que mentiras!... ¡No he dormido en toda la noche! — gritó él exagerando también la nota—. ¿Crees que voy a dar crédito a esa serie de embustes?

—Te diré, Jorge..., déjame que te explique... — añadió ella turbada.

—La única explicación es la que yo adivino. ¡Cuándo te viste libre de mí, te faltó tiempo para ir al «Paraíso del Sur» a divertirte con Bradley!

—¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!

—¡Mira lo que dice este periódico!... Además me lo han dicho por teléfono desde el hotel; que saliste en auto con él. ¿Qué tienes qué decir ahora?

—¡Es cierto que estuve allí con Herberto Bradley! — murmuró aturdida—. Pero, escúchame..., ¡por Dios! ¡Yo te aseguro que no hay nada de lo que tú supones.

—No tengo que escucharte nada. ¡Maldita sea la hora en que puse mi fe en ti!... ¡Ahora mismo me voy a ajustarle las cuentas a ese mal amigo de Bradley!

Y uniendo la acción a la palabra, Jorge se encaminó hacia el domicilio del que suponía ladrón de su honra, seguido como es natural de su esposa, si bien cada uno en un coche distinto.

...A la misma hora que en casa de los Morgan ocurrían estos sucesos, Summers se veía en una de las más críticas situaciones de su vida, acosado por un usurero implacable. El individuo en cuestión, había recibido tantas promesas y tantas demoras venía sufriendo su crédito que estaba decidido a cortar por lo sano y desenmarcar al tramposo.

—Nada, señor Summers; es mi última palabra. Si mañana a las nueve de la mañana no se me presenta con el dinero, puede estar seguro de que a las once compareceré por su casa con el juez y el procurador.

Summers estaba materialmente hundido; vencido por completo. Por más que exprimía su magín para hallar una idea luminosa, no encontraba la fórmula que debía hacer esperar a aquel hombre un día más. Los tópicos de herencias, bodas, negocios fabulosos en perspectiva e inventos notables los tenía gastados y no había otro medio de convencerle que el de presentarle el efectivo.

De aquí que a pesar de su osadía Summers, se mostrara abatido y confuso. El embargo de sus muebles representaba su total descrédito. El que pasaba por ser un hombre de sólida posición, se veía con aquel acto en la picota de



la vergüenza, y todos los que hasta entonces le habían saludado con respeto y deferencia, y parecían guardarle un puesto preferente entre sus amistades le volverían la cara con desprecio. Que es condición humana apreciar a cada cual por lo que tiene, no por lo que vale, y esta ley la conocía Summers a maravilla por haberla estado practicando toda su vida.

Por eso le asustaba tanto el tornado que se cernía sobre su cabeza.

En el constante rebuscar de medios, vino a su mente la idea de lo que había ocurrido la noche anterior y pensó que podía ejercer muy bien un triple «chantage» sobre Laura, sobre Doris, a quien amenazaría con decir a Morgán que la noche anterior la había llevado en su auto con Bradley, sin que guardara su cuerpo más ropa que la interior y por último, sobre el mismo Herberto, que tenía dos razones para temblar: las iras de Jorge y las de su propia esposa.

Lanzó una carcajada homérica, llamándose bruto por no haber pensado antes en aquello, y sin cesar de reír dijo a su prestamista:

—Yo le aseguro que mañana a las nueve de la mañana puede usted venir con los pagarés. Cuente con el dinero tan seguro como si lo tuviera en su bolsillo.

Alentado por tan felices perspectivas, emprendió su plan de campaña y se dirigió primero a casa de Bradley, donde tenía dos filones por explotar.

Adelantémonos al cinico, y veamos lo que en el domicilio de Herberto estaba sucediendo en aquellos instantes.

Jorge entró como una tromba, seguido a corta distancia por su esposa. Entregó el sombrero a Julia y sin tomarse la molestia de hacerse anunciar se coló de rondón en el salón, donde a la sazón se hallaba el matrimonio.

—¡Sé perfectamente que mi mujer estuvo ayer noche con usted en el «Paraíso del Sur»!

—Bien. ¿Y qué tiene eso de particular?

—Que a los canallas como a usted, que rondan las esposas de los amigos para traicionarlos, les trato yo así! — y le largó un directo a la barbilla que si no llega Herberto a esquivarlo a tiempo le deja «K. O.»

—¡Oiga, Morgan..., no se ponga usted así! — decía Bradley, tratando en vano de calmarlo—. Déjeme que le explique...

El enfurecido Morgan no estaba en aquellos instantes por explicaciones. Había ido a cobrarse en bofetadas, a pulverizar al ladrón que le había robado la felicidad, y las protestas de Herberto, en lugar de calmarle aun le excitaban más.

Y como viera Herberto que si seguía por el camino de la persuasión Morgán terminaría por llenarle los bolsillos de bofetadas, como suele decirse, le arremetió también a su vez contra él y en menos que cuesta el decirlo se repartieron una lluvia de puñetazos que de haber pretendido contarlos nos habríamos visto en un aprieto, a menos que no quisiéramos ir contando de cinco en cinco.

Varias veces rodaron por el suelo, tan pronto uno como otro. Ya rodaban los dos a la vez y se levantaban para acometerse con mayor saña. Eso de que nunca riñen dos cuando



uno de ellos no quiere, como dice cierto refrán, debe ser verdad, no lo dudamos, pero cuando un hombre se encuentra delante con un Morgan, pongamos por ejemplo, belicoso, no tiene más remedio que presentarle batalla o dejarse matar a puñetazos.

Laura y Gloria, acurrucadas en un rincón de la habitación, muertas de espanto, no osaban ni despegar los labios. El terror que les infundía la pelea, y el no menor que les producía la idea de un escándalo, en el cual ninguna de ellas habría salido muy bien librada, paralizaba sus labios.

Julia, en el vestíbulo, seguía la lucha con interés de espectadora que lleva crecida apuesta por unos de los «poulains» y a falta de otra cosa, estrujaba en sus manos el sombrero de Morgan, hasta ponerlo más blando que un higo.

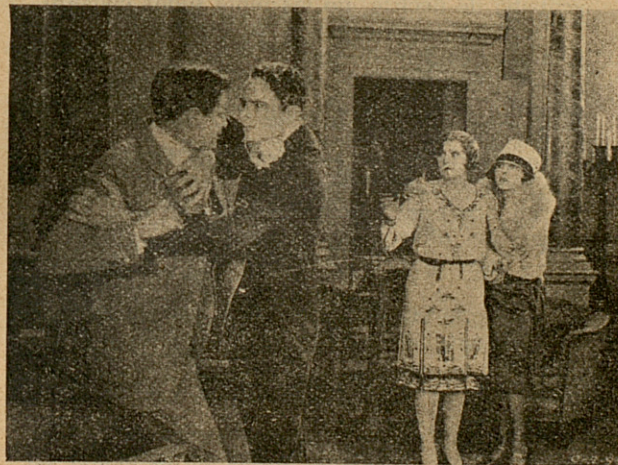
Por fin Laura, viendo que los contendientes, después de un momento de reposo producido por el exceso de fatiga, volvían otra vez a emprenderse, se plantó en medio de ambos revolver en mano y con los ojos casi fuera de las órbitas, gritó:

—¡Deténganse ustedes o disparo!

Y su ademán era tan imperioso que los dos enemigos temieron por sus vidas.

—¡Ahora van ustedes dos a oír toda la verdad de mis labios!... Fui yo la que estuve anoche en «Paraíso del Sur». Me acompañaba Gregorio Summers—añadió haciendo un gran esfuerzo—. Vi allí a Doris y Herberto, pero puedo responder que fueron guiados por la casualidad y me consta la rectitud de sus intenciones...

Explicó punto por punto cuanto había visto; como Herberto había dejado a Doris a la puerta de la habitación; la conversación que sostuvo éste con Summer y el mismo suelto del diario, que había ejercido de prueba acusadora sirvió para convencer a Jorge de la rec-



titud de propósitos de su esposa y su amigo.

—El regalo que te traja y que fui a comprar por la mañana con Herberto para darte la sorpresa, quedó entre las llamas—añadió Doris.

—Deme usted la mano y perdóneme, amigo Bradley... Reconozco que me he precipitado un poco—dijo Morgan alargando la diestra que Herberto estrechó sin rencor.



*No deje de comprar se-  
manalmente*

## PELÍCULAS

*la única novela cinemato-  
gráfica que publica los ar-  
gumentos de los films más  
importantes y de más pal-  
pitante actualidaa*



